

Relaciones México-Venezuela

Por: Marcos Ramos García

ANTECEDENTES

Tanto México como Venezuela comparten una historia común en el hecho de que ambas naciones fueron una vez parte del Imperio español. Durante la época colonial española, México se conocía entonces como Nueva España, y la capital era Ciudad de México, mientras que Venezuela era gobernada desde el Virreinato de Nueva Granada en Bogotá. En 1810; Tanto México como Venezuela declararon su independencia de España con cada nación obteniendo la independencia en 1821 y 1830, respectivamente. Poco después de obtener la independencia, el emperador Agustín de Iturbide de México se puso en contacto con el presidente Simón Bolívar informándole de su ascensión al trono mexicano y diciéndole su admiración personal por Bolívar después de enterarse de su valor heroico y su éxito Campañas militares.

En 1842, ambas naciones acreditaban embajadores en los países del otro. El embajador de México en Venezuela estaba en Bogotá, Colombia, mientras que el embajador de Venezuela en México estaba en Washington, Estados Unidos.

SIGLO XX

En 1916, México envió a su primer embajador residente con sede en Caracas; Sin embargo, las relaciones diplomáticas se tensaron en 1922, puesto que Venezuela no había establecido allí un embajador residente en México. En 1922, México, bajo protesta, cerró su embajada en Caracas. En septiembre de 1923, México rompió relaciones diplomáticas con Venezuela después de que el país negara la entrada de nacionales mexicanos que llegaban al país para participar en actividades culturales que se llevaban a cabo en Venezuela. Las relaciones diplomáticas se restablecerían diez años más tarde, en junio de 1933.

Durante la década de 1940, las relaciones diplomáticas normalizadas entre las dos naciones y los embajadores residentes fueron designados a cada capital de las naciones, respectivamente. En 1946, el presidente Rómulo Betancourt fue el primer jefe de Estado venezolano en visitar México. En enero de 1960, el presidente Adolfo López Mateos fue el primer jefe de Estado mexicano en visitar Venezuela mientras viajaba a Sudamérica. Desde las visitas iniciales, ha habido varias visitas de alto nivel entre las dos naciones. Desde entonces, las relaciones entre las dos naciones han sido amistosas.

PRESIDENCIA DE HUGO CHÁVEZ

En 1995, México y Venezuela, junto con Colombia; Firmaron un Acuerdo de Libre Comercio; Sin embargo, Venezuela se retiró del acuerdo en 2006. La participación reciente en la industria petrolera por parte de ambos países, así como la adhesión de México a la Asociación de Libre Comercio de América del Norte en 1994, han dado lugar a varias disputas entre las Dos naciones. Durante el mandato del presidente mexicano Vicente Fox entre 2000 y 2006, los vínculos entre los dos países se tornaron críticamente tensos. En noviembre de 2005, la cooperación entre Fox y los Estados Unidos en el estancamiento de la propuesta de la Cumbre de las Américas de Mar del Plata (Cuarta Cumbre de las Américas) llevó a las relaciones a un punto de ebullición.

El presidente venezolano Hugo Chávez declaró en un discurso el 10 de noviembre de 2005 a los partidarios de Caracas que se entristeció que "el presidente de un pueblo como los mexicanos se deja convertir en el perrito del imperio". En su programa de entrevistas semanales Aló Presidente, tres días después, declaró que el presidente mexicano estaba "sangrando de sus heridas" y le advirtió a Fox que no se "ensucie" con él".

El gobierno venezolano no respondió a la demanda de México, y ambos países retiraron a sus respectivos embajadores dentro de dos días de la declaración de la charla, a partir de la crisis diplomática de México y Venezuela.

En agosto de 2007, después de dos años de ausencia diplomática en ambos países, se restablecieron las relaciones normales con el nombramiento del ex canciller Roy Chaderton como enviado de Venezuela en la ciudad de México y la transferencia de Jesús Mario Chacón Carrillo, anteriormente mexicano Embajador en Colombia, a Caracas.

PRESIDENCIA DE NICOLÁS MADURO

Después de la elección del presidente Nicolás Maduro en abril de 2013, el gobierno mexicano ha enfatizado aún más los estrechos vínculos entre ambos países y la voluntad de superar las diferencias en cuanto a estructuras políticas y relaciones con Estados Unidos. Sin embargo, en enero de 2015 el presidente Maduro acusó a Felipe Calderón de conspirar con la oposición para matarlo y derribar su gobierno. Maduro acusó a Calderón de tener vínculos con carteles de la droga.

El 20 de abril de 2018 el Senado Mexicano aprobó un Punto de Acuerdo en la que se puntualiza, entre otras cosas, rechazar las elecciones presidenciales de Venezuela de 2018 programadas para el 20 de mayo, la congelación de bienes de funcionarios del gobierno de Nicolás Maduro y la prohibición de entrada al país de éstos. Los altos cargos del Estado venezolano que fueron sancionados fueron Antonio Benavides Torres, ex comandante de la Guardia Nacional Bolivariana (GNB), Delcy Rodríguez, presidente de la Asamblea Nacional Constituyente, Diosdado Cabello, vicepresidente del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), Maikel Moreno, presidente del Tribunal Supremo de Justicia (TSJ), Néstor Reverol, ministro de Interior, Justicia y Paz, Tarek William Saab, fiscal general, y Tibisay Lucena, presidente del Consejo Nacional Electoral (CNE).

Venezuela ha sido una ruta hacia Estados Unidos para el tráfico de drogas ilegales en Colombia, a través de Centroamérica, México y países del Caribe.

TRACENDENCIA INTERNACIONAL

Ha habido varios casos de aviones registrados mexicanos transportando cocaína siendo derribados por el gobierno venezolano. En abril de 2015, un avión destrozado llevaba casi una tonelada de cocaína y fue registrado en la flota oficial de la Procuraduría General de la República

En 2016, el comercio bilateral entre ambas naciones ascendió a \$ 773 millones de dólares. Las principales exportaciones de México a Venezuela incluyen maíz, alimentos para bebés, champú, papel y maquinaria, mientras que las principales exportaciones de Venezuela a México incluyen: maquinaria para hacer acero, materiales de construcción y semillas de sésamo.

Una de las discusiones más apasionantes sobre el régimen de Andrés Manuel López Obrador en México es su supuesto parecido con el régimen construido por Hugo Chávez en Venezuela. Según esta lógica, la llamada “cuarta transformación”, como le gusta a López Obrador llamar a su gobierno, no sería más que un esfuerzo consistente por trasplantar a México el llamado “socialismo del siglo XXI”, edificando una especie de “Venezuela del norte”.

Quienes así lo señalan tienen bases en su argumentación. Y sus evidencias, por desgracia, se acumulan y adquieren coherencia. Al respecto, esto lo dice y lo acepta quien desde un principio se ha negado a ver a López Obrador como un simple emulador de Chávez: en mis colaboraciones siempre he destacado, en primer término, la raíz del autoritarismo priista en López Obrador. Quizás, no obstante, sea momento de aceptar lo evidente y reconocer, al fin, cómo el chavismo va adquiriendo protagonismo en el gobierno lopezobradorista.

Muchos han señalado los evidentes parecidos entre ambos regímenes. O para decirlo más claramente: la clara copia por parte de los estrategas de López Obrador de la experiencia chavista. hasta hace poco la experiencia más exitosa en América Latina, sobre cómo vaciar toda institucionalidad en una democracia liberal y transformarla en un régimen iliberal, de cómo convertir una democracia imperfecta en una dictadura perfecta a través de métodos democráticos.

Basta hacer un rápido repaso de las propuestas de Hugo Chávez, para ver cómo fueron copiadas por López Obrador y sus estrategias, con la esperanza de lograr una transformación tan radical como la que operó Chávez sobre el régimen venezolano:

El uso y abuso de los medios de comunicación, especialmente la televisión, para popularizar las prioridades del gobierno. Desde el programa “Aló Presidente” que inició Hugo Chávez en 1999 (que dejó de transmitirse hasta que murió en 2013) hasta las conferencias “mañaneras” de López Obrador, una continuación legítima.

El discurso de vender el avión, reducirse el sueldo y ser “humilde”, diciendo que la riqueza es mala, fue patentado por Chávez, con buenos dividendos electorales, ya que, según él, no podía haber gobierno rico con pueblo pobre, aunque después terminó comprado un avión más costoso, por ejemplo. También anunció, como hizo López Obrador, no ocupar la residencia oficial e incluso, que el Palacio de Gobierno se transformaría en una universidad, aunque estas dos promesas no las cumplió.

La idea de la revocación de mandato a la mitad del período presidencial tampoco es de López Obrador, sino de Hugo Chávez, que anunciara al periodista Jorge Ramos en una muy conocida entrevista en diciembre de 1998.

La idea de transformar la Constitución nacional en una de carácter revolucionario, bolivariano y amoroso, fue también de Hugo Chávez, a través del Referéndum Constituyente de 1999, que muchos analistas señalan es el proyecto estelar de López Obrador para la segunda mitad de su mandato.

El discurso de la lucha y el fin del neoliberalismo, un neoliberalismo que dio origen a la corrupción, también es una idea patentada por Hugo Chávez, desde el comienzo de su vida política hasta el final de sus días.

La idea de crear una Guardia Nacional en la que se concentren todas las fuerzas armadas comandadas por el “Jefe Supremo de la Nación” fue de Hugo Chávez, antes que, de López Obrador, quien solo la tropicalizó.

El proyecto de tomar el control del Poder Judicial bajo el pretexto de que fue corrompido, fue de Hugo Chávez, misma idea que López Obrador ha venido desarrollando en México.

La idea de construir un proyecto político amoroso, cristiano y humanístico, de valores morales, fue de Hugo Chávez, el cual se encuentra explicado y documentado en varias entrevistas que le realizaron.

La idea de “repotenciar” la industria petrolera a través de la empresa estatal PDVSA, expulsando al capital privado de su estructura financiera, fue también de Hugo Chávez, antes que de López Obrador. A partir de este gesto de machismo político, se sucedieron después las expropiaciones de empresas, los controles de precios y de cambios, todo lo que arruinó la economía venezolana.

Finalmente, la vinculación entre Chávez y López Obrador termina siendo doblemente irónica: Por un lado, las dos personas que adoptaron esas medidas bajo su Presidencia tenían como deporte favorito el béisbol; la segunda ironía es que quienes votaron por Chávez dijeron en algún momento: “es imposible que una dictadura se instaure aquí”. Y es lo mismo que dicen los defensores de López Obrador en México; su defensa automática es que “México no es Venezuela”.

El de López Obrador es un régimen que aun no termina por perfilarse, pero cuyas primeras escaramuzas ya se dan al nivel de los símbolos y la retórica. Así, López Obrador se reviste de los mismos símbolos e igual discurso que Hugo Chávez.

MEXICO

Si realmente queremos aprender del pasado y de sus errores, los mexicanos debemos ser conscientes de que el norte simbólico de López Obrador no es Juárez, no es Cárdenas, tampoco Madero, sino que es Hugo Chávez. Y recordar también que, si algo fue un fracaso trágico, como lo es la Venezuela chavista, no se puede aspirar a algo distinto, haciendo exactamente lo mismo.

Frente a la complejidad y el ritmo acelerado que ha cobrado la situación en Venezuela durante las últimas semanas, es necesario precisar los matices de la postura del gobierno de México sobre la crisis que vive hoy el país. En distintos escenarios hemos reiterado nuestra convicción por el diálogo: México suscribe la avenida del acuerdo y de la mediación como hoja de ruta para el futuro inmediato en Venezuela.

En un contexto de violencia, tensiones y retórica incendiaria, pensamos que la diplomacia es la mejor alternativa para evitar el conflicto y construir una paz democrática en Venezuela.

El 23 de enero, el día en que Juan Guaidó, presidente de la Asamblea Nacional, se juramentó como presidente encargado de Venezuela, el gobierno de México volvió a reiterar su convicción por el diálogo e hicimos un llamado, junto con el gobierno de Uruguay, a una negociación diplomática que incluya a toda la comunidad internacional.

El 7 de febrero hemos convocado una conferencia internacional en Montevideo para invitar a otros países hermanos y organizaciones multilaterales a materializar el diálogo que proponemos. Esperamos que este esfuerzo sea acompañado por más naciones y avanzar en conjunto para llegar a una resolución pacífica a la actual disputa en Venezuela. Mientras mayor respaldo internacional tengamos, esta misión diplomática aumentará sus posibilidades de éxito.

A lo largo de nuestra historia, los mexicanos hemos enfrentado episodios de intervencionismo extranjero y de confrontación abierta entre distintas facciones en el interior del país con consecuencias que dañaron profundamente a nuestra nación. Es por ello que, desde nuestra experiencia histórica y a partir de nuestros principios constitucionales, México ha optado por la diplomacia.

Lejos de ser un instrumento anacrónico, nuestra arquitectura constitucional provee un esquema vigente sobre cómo actuar en Venezuela: no intervención, solución pacífica de controversias, proscripción de la amenaza o el uso de la fuerza, promoción de los derechos humanos y la lucha por la paz y seguridad internacionales. Estos pilares marcan los grandes trazos de nuestra política exterior.

La doctrina Estrada —que ha sido parte de la política exterior mexicana desde la década de los treinta y se incorporó a la Constitución en 1988— es una pieza clave para entender nuestro posicionamiento actual. La tesis sostiene que es la sociedad de cada país, y no un actor extranjero, quien debe dictar su forma de gobierno. Por lo tanto, México no otorga reconocimiento a los gobiernos en controversia, por considerar que esto menoscabaría la soberanía de dicho país y de su pueblo. Así que la dirección que marca nuestra Carta Magna con respecto a Venezuela es clara: abogamos por una salida pacífica y democrática, determinada por el pueblo venezolano, con pleno respeto a los derechos humanos.

En la misma línea, la doctrina indica que la cancillería se limita a mantener o retirar a los representantes diplomáticos de México en el exterior, y no a reconocer o desconocer gobiernos per se. En este sentido, el gobierno de México no reconoce ni desconoce al actual gobierno de Venezuela ni manifestamos nuestro apoyo hacia un bando u otro.

Somos conscientes de la complejidad para alcanzar un desenlace pacífico en Venezuela y conocemos los resultados insatisfactorios.

En sintonía con nuestra convicción por la interlocución en Venezuela, mantenemos nuestro interés de participar activamente en el Grupo de Lima, del que México es parte. En la reunión ministerial del Grupo de Lima del 4 de enero puntalicé nuestra preocupación por la situación del respeto de los derechos humanos y la vulnerabilidad económica y social por la cual atraviesa Venezuela. Pero también reiteraré la posición de México: abogar por una salida pacífica a través de un diálogo incluyente con todos los actores involucrados.

Así que, siguiendo la misma línea de las declaraciones del secretario general de las Naciones Unidas, António Guterres, y convencidos como estamos de que la vía para solucionar un conflicto prolongado es la negociación, invitamos, con el gobierno de Uruguay, a un proceso de conversación.

Con el respaldo del bono democrático que ha recibido el gobierno del presidente Andrés Manuel López Obrador, y desde el más profundo respeto por la soberanía venezolana, México se ofrece como interlocutor entre ambas partes, en cualquier modalidad que favorezca una solución pactada en Venezuela. Como ha dicho antes el secretario de Relaciones Exteriores, Marcelo Ebrard, México tiene un interés genuino en tender puentes, siempre y cuando ambas partes consientan y apoyen nuestra intención de edificar acuerdos a través del diálogo.

Somos conscientes de la complejidad para alcanzar un desenlace pacífico en Venezuela y conocemos los resultados insatisfactorios de los ejercicios de negociación previos. No obstante, las circunstancias en el interior de Venezuela y a nivel internacional han cambiado de forma significativa en los últimos días, por lo que los fracasos anteriores no deben desalentar un nuevo intento.

El éxito más contundente de la diplomacia, quizá su propósito más elemental, es la solución de disputas por la vía pacífica; la inteligencia del diálogo que forja consensos entre posturas contrarias. En escenarios fragmentados, como el venezolano, los acuerdos entre las partes son válvulas de escape que permiten un pacto futuro hacia la paz.

La victoria de la diplomacia es la derrota del conflicto armado, tanto a nivel internacional como interno. La importancia de una solución pactada y la urgencia del diálogo que proponemos radican en evitar la violencia.

Hoy más que nunca son pertinentes los principios centrales de política exterior mexicana en nuestra región. Aplicados con seriedad, son la mejor apuesta para encauzar a la actual disputa venezolana hacia una resolución democrática y de paz.

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

la secretaria de Estado adjunta de Estados Unidos para Latinoamérica, Kimberly Breier, señaló que Estados Unidos vive un 'momento de desacuerdo' con el de México debido a la crisis en Venezuela.

Pese al 'momento de tensión en la relación bilateral', aseguró que todos los días hablan de ese tema con sus 'socios' mexicanos.

En conferencia de prensa, Breier reaccionó a la postura que ha adoptado el gobierno del presidente mexicano, Andrés Manuel López Obrador, quien sigue reconociendo a Nicolás Maduro como gobernante de Venezuela y defiende el diálogo como modo de solución a la crisis venezolana.

Obviamente -dijo Breier- nuestra posición de reconocimiento a Juan Guaidó está muy clara y estamos todos los días en conversaciones con nuestros socios en México sobre el tema. Tenemos un momento de desacuerdo en el camino enfrente, pero ahora es algo que estamos trabajando todos los días", agregó.

La funcionaria estadounidense calificó la relación con el Gobierno de López Obrador de "muy buena", y dijo que todos los días trabajan en cuestiones bilaterales y que "imagina" que van a seguir por ese camino.

Breier, máxima responsable de Latinoamérica en el Departamento de Estado, respondía así durante la conferencia de prensa a una pregunta sobre un mensaje en Twitter del senador republicano por Florida Marco Rubio, quien puso en duda la naturaleza de la relación entre México y EE.UU. por la crisis en Venezuela.

Tenía la esperanza de que podríamos redefinir la relación entre Estados Unidos y México como una asociación estratégica. No como una relación de ayuda desde Estados Unidos. Una alianza para abordar nuestros retos comunes. Pero el apoyo inexplicable del nuevo Gobierno a Maduro ha puesto todo eso en duda", dijo Rubio.

El senador se ha convertido en una figura muy influyente en la política hacia Venezuela del presidente de Estados Unidos, Donald Trump, y jugó un papel importante en la decisión del mandatario de reconocer al jefe de la Asamblea Nacional (AN, Parlamento), Juan Guaidó, como presidente interino del país caribeño el pasado 23 de enero.

La presidenta de la Cámara de Representantes, la demócrata Nancy Pelosi, expresó hoy su posición por primera vez sobre el reconocimiento de Guaidó como presidente interino.

Apoyo -dijo Pelosi- la decisión de la Asamblea Nacional, la única institución democrática que queda en Venezuela, de reconocer a Juan Guaidó, presidente de la Asamblea Nacional, como presidente interino hasta que haya elecciones libres y justas".

Estados Unidos fue el primer país del mundo en reconocer como presidente interino a Guaidó, que ha recibido el apoyo de 49 naciones, incluidas las más grandes del continente americano; mientras que Maduro continúa estando respaldado por Rusia, China, Bolivia, Cuba y Nicaragua, entre otros.

El Departamento de Tesoro estadounidense ordenó sanciones a Maduro al incluirlo en la lista de la Oficina del Control de Activos en el Extranjero. La medida se suma a las sanciones anunciadas el 26 de julio contra otros 13 funcionarios venezolanos. Esto significa la prohibición a ciudadanos estadounidenses para realizar transacciones comerciales y financieras con los acusados, así como el congelamiento de cuentas bancarias.

Estas sanciones de la administración Trump perfilan el tipo de "intervención" que Estados Unidos prepara en Venezuela: repetir el modelo en contra de Manuel Antonio Noriega, el ex hombre fuerte de Panamá, expulsado del poder en 1989, durante el gobierno de George W. Bush, bajo el pretexto de sus vínculos con el narcotráfico.

Noriega fue una pieza útil para Estados Unidos cuando se le necesitó en la triangulación de fondos provenientes del narcotráfico para financiar a la Contra nicaragüense. El control de la zona del canal de Panamá derivó en el montaje de una intervención para defender la "democracia" en el país centroamericano cuando Noriega se volvió demasiado peligroso y fuera del control de Washington.

El caso de Maduro es diferente al de Noriega, pero la receta que ensaya Estados Unidos es similar: perfilar al actual gobernante venezolano no sólo como un personaje autócrata, torpe y represivo, sino también como un presunto cleptócrata vinculado al narcotráfico.

La corrupción ahora es el nombre del juego para justificar la intervención en Venezuela. La fiscal general del país, Luisa Ortega Díaz, denunció que el gobierno de Maduro va tras su cabeza para evitar que siga investigando casos de corrupción, como el pago a la constructora brasileña Odebrecht por 30 mil millones de dólares.

“Hemos corroborado que hay muchos funcionarios activos que aparecen involucrados en estas irregularidades. Quieren que se protejan de forma inconstitucional dictando sentencias contra el Ministerio Público, quiere protegerse del desfalco a la nación con un falso discurso antiimperialista”, subrayó la fiscal Luisa Ortega.

Ortega fue una firme defensora del gobierno de Hugo Chávez y una crítica frontal de Maduro y del reciente proceso de elección de la Asamblea Constituyente, por considerar que “estamos frente a una ambición dictatorial”.

Sea por presuntos vínculos con el crimen organizado o por corrupción, la Casa Blanca ya tiene perfiladas las baterías para intervenir y remover a Nicolás Maduro, en un ensayo peligroso de polarización social en Venezuela y de doble cara diplomática que afectará a toda la región, no sólo al país andino.

¿Acaso no la mayoría de los gobiernos de América Latina tienen las mismas características que el régimen de Venezuela? ¿Acaso los mismos supuestos no se aplican para el gobierno de Enrique Peña Nieto en México?

Este es el problema del alineamiento del gobierno de Peña Nieto a la nueva aventura intervencionista de Estados Unidos: al colocarse en el “consenso” de la condena al régimen de Maduro se da un balazo en el pie y pretende justificar el abandono de principios diplomáticos de México que son el resultado histórico de una larga lucha por la autodeterminación frente a Washington.

Quizá piensan el canciller Luis Videgaray y su jefe Enrique Peña Nieto que así se “protegen” de la furia de Trump y de posibles acusaciones en su contra para salvarse en la sucesión de 2018. No se dan cuenta que simplemente se vuelven más vulnerables frente al bullying cotidiano del autócrata de la Casa Blanca y embarcan a la diplomacia mexicana a una aventura peligrosa.

La empresa encuestadora Parametría confirmó recientemente que la aventura contra Venezuela y contra el gobierno de Maduro no tiene el respaldo mayoritario de la opinión pública mexicana, a pesar de la intensa campaña mediática y del activismo de personajes de dudosa autoridad moral como los expresidentes Vicente Fox o Felipe Calderón.

Según la encuesta en vivienda realizada a 800 personas entre el 24 y el 30 de junio pasado, el 96% considera mala la situación económica y social de Venezuela, pero el 52% está en contra de que el gobierno mexicano opine sobre la situación interna de este país. Sólo el 37% está de acuerdo y el 64% en desacuerdo con la intervención del gobierno mexicano en los asuntos internos del país andino.

VENEZUELA Y EL MUNDO

Por cien días que apenas conmovieron al mundo, los venezolanos desplegaron la mayor manifestación democrática del siglo XXI. Entre abril y julio de 2017, centenares de miles de personas recorrieron las ciudades del país para protestar contra el autogolpe de Estado del Tribunal Superior de Justicia (brazo ejecutor del presidente Nicolás Maduro), que desconoció a la Asamblea Nacional electa el 6 de diciembre de 2015, único poder independiente, de mayoría opositora, que queda en Venezuela. A pesar de la represión de la Guardia Nacional Bolivariana (muy difundida en redes sociales, y en la que hubo ciento veinte muertos, cientos de heridos, presos y casos documentados de tortura), los manifestantes culminaron su protesta con un plebiscito en el que más de 7,5 millones de personas (el 40% del total de electores, el 25% de la población) pidieron la renovación constitucional de los poderes públicos y rechazaron la convocatoria del Consejo Nacional Electoral (otro órgano obediente a Maduro) para votar una Asamblea Nacional Constituyente paralela, al gusto del Ejecutivo.

Su esfuerzo fue en vano. Tras una votación a todas luces fraudulenta,¹ la Asamblea espuria se estableció. Con todos los poderes en sus manos, en el marco de las más severas limitaciones a la libertad de expresión, con una oposición dividida y desmoralizada (que ha anunciado que no participará en las próximas elecciones presidenciales porque considera que carecen de condiciones democráticas), Maduro está cerca de realizar el sueño del hombre que llamó su mesías, Hugo Chávez: eternizar la “Revolución bolivariana”.

En los barrios pobres de Caracas, las redes sociales recogieron otro drama: mujeres que pelean por una barra de mantequilla; madres sin leche que comprar, dando inútilmente las tetas a sus niños; gente buscando comida en la basura; anaqueles vacíos de alimentos y medicinas; hospitales sin camillas, insumos, medicamentos o condiciones mínimas de higiene; médicos del Hospital Universitario de Maracaibo operando a una paciente con la luz de un celular; madres que dan a luz fuera del sanatorio. Al concluir el ciclo de protestas, se volvió peligroso subir imágenes a las redes.

La Asamblea paralela –cuyos miembros han incitado al odio por veinte años– aprobó una “ley contra el odio” que sancionará con prisión de hasta veinte años a quien lo “fomente, promueva o incite”.

Las imágenes de la penuria coinciden con las estadísticas. El de Venezuela es “un colapso sin precedentes”, al menos en el mundo occidental, escribe Ricardo Hausmann, antiguo ministro venezolano de Planificación y actual director del Center for International Development en la Universidad de Harvard. En su estudio reciente, “Background and recent economic trends”,² Hausmann demuestra que el descenso del pib y el pib per cápita entre 2013 y 2017 (el 35% y el 40%, respectivamente) es más agudo que en la depresión estadounidense de 1929 a 1933, y aun en la rusa, la cubana o la albana posteriores a la caída del Muro de Berlín. La dimensión de la crisis se aprecia en los indicadores sociales. En mayo de 2017, el salario mínimo (cuyo valor ha caído un 75% en cinco años) podía comprar solo el 11,6% de la canasta de bienes básicos, cinco veces menos que en la vecina Colombia. Más grave aún, durante el mismo periodo, ese salario mínimo (medido en unidades calóricas de los alimentos más baratos que puede comprar) cayó un 86%.³ En 2016, de acuerdo con una encuesta de 6.500 hogares, el 74% de la población perdió cerca de nueve kilos en promedio. Según el organismo venezolano de la salud, la mortalidad de los pacientes atendidos en hospitales se multiplicó diez veces en el país y la de los recién nacidos en hospitales creció un 100%. Mientras enfermedades largamente erradicadas como la malaria y aun la difteria han reaparecido, aumentan los males emergentes como chikunguña, zika y dengue. Para colmo, Caracas es la ciudad más peligrosa del mundo.

Se trata de una crisis humanitaria de enormes proporciones, documentada detalladamente en hogares y hospitales por instituciones civiles venezolanas e internacionales.⁴ Según Feliciano Reyna, activista de Codevida, una de esas organizaciones, la información servirá en el futuro para procesar al gobierno de Maduro en el Tribunal Internacional de La Haya. “Lo que está pasando es deliberado”, sostiene Reyna, apuntando a la negativa del gobierno a establecer un canal neutral para la entrada de alimentos y medicinas. A sabiendas de que el salario mínimo mensual es apenas suficiente para comprar cinco kilos de carne y nada más, en sus apariciones públicas (y a veces bailando salsa) Maduro ha sugerido la cría de conejos como remedio. Pero su solución para paliar el hambre es aún más ingeniosa, porque liga la alimentación con la política.

Cerca del 70% de la población depende de las bolsas de alimentos importados llamadas clap, siglas del Comité Local de Abastecimiento y Producción encargado de distribuirlas conforme a un sistema de tarjetas.⁵ En las elecciones para la Asamblea paralela, el gobierno discurrió una renovación de las tarjetas que coincidía en tiempo y espacio con los sitios de la votación, logrando el efecto deseado de intimidar al votante que sentía que podía perder su tarjeta si no votaba por los candidatos oficiales.

La paradoja es que esto le ocurre a la nación con las mayores reservas petroleras del mundo. Pero es justo ahí, en el petróleo, donde se localiza el epicentro del terremoto infligido por el régimen a pdvsa, la empresa petrolera del Estado venezolano que concentra el 96% de las exportaciones del país. *El colapso y la caída del sector petrolero venezolano* ofrece un detallado diagnóstico del caso.⁶ Sus autores, Ramón Espinasa y Carlos Sucre, especialistas afiliados a la Universidad de Georgetown, parten de 1998, cuando tras un largo proceso de profesionalización administrativa y técnica, actuando con autonomía gerencial y remitiendo por ley sus utilidades al Banco Central, pdvsa producía 3,4 millones de barriles diarios (mmbd) con una planta de cuarenta mil trabajadores y empleados. Las proyecciones para la primera década del siglo xxi eran de 4,4 mmbd, pero, al llegar al poder, Hugo Chávez tenía otros planes.

Desde el principio, Chávez intervino en la empresa designando personal por motivos políticos, no técnicos, y comenzó a suministrar petróleo subsidiado a países del Caribe políticamente afines con el régimen. En diciembre de 2002, el personal de pdvsa inició una huelga que derivó en la pérdida de autonomía de gestión, el desmantelamiento de los sistemas de control financiero y el despido de 17.500 empleados, dos terceras partes de ellos técnicos y profesionales. En los años siguientes pdvsa desvirtuó aún más su sentido, convirtiéndose en un superministerio que distribuía alimentos, construía viviendas, administraba las empresas nacionalizadas y expropiadas (incluidas las vinculadas al petróleo) que después de 2007 abarcarían el grueso de la infraestructura productiva: siderúrgicas, cementeras, bancos, telefónicas, supermercados, fabricantes de alimentos, semillas, fertilizantes, almacenes. En total, el régimen nacionalizó 1.400 empresas.

Durante el periodo de Chávez (1999-2013) la producción de pdvsa cayó de 3,7 a 2,7 mmbd con una planta de 120.000 personas, el triple de 1998. Pero en la etapa de Maduro, con la misma planta, la producción anda ya muy por debajo de los dos millones de barriles diarios y disminuye mes a mes.⁷ Esta caída cercana al 40% permaneció parcialmente oculta por el llamado “superciclo” de los precios entre

2002 y 2014 (en julio de 2008 el barril llegó a los 147 dólares), pero también estos fueron desaprovechados por el régimen. En 2008, el ministro de Economía Alí Rodríguez Araque sostenía que el barril llegaría a los 250 dólares. Esta fe en el alto precio del petróleo era una apuesta desorbitada que el régimen perdió. Los efectos del colapso habrían sido menores si el gobierno hubiera invertido de manera productiva y ahorrado al menos una parte de sus ingresos, como dictaban la regla original de pdvsa. (Según estudios, ese ahorro pudo ser de 223.000 millones de dólares.⁸) No solo no lo hizo, sino que sextuplicó su deuda externa, lo que convirtió al país en el más endeudado del mundo en proporción al pib: 172.000 millones de dólares que representan el 152% del pib.

Además de esa deuda, ¿cuánto dinero ingresó en realidad a Venezuela por la venta de petróleo entre 1998 y 2017? Sin subsidios internos y externos, el ingreso total habría sido de 1,01 billones. Si se toma en cuenta que la gasolina prácticamente se regala en Venezuela (provocando un jugoso negocio de contrabando) y si se restan las ventas subsidiadas a Cuba y los países del Caribe más las que amortizan la deuda con China, el ingreso neto del periodo fue de 635.000 millones de dólares.⁹ ¿Dónde quedaron todos esos ingresos (suma del ingreso neto y la deuda) que en conjunto rondan los 800.000 millones? La pregunta torturará a generaciones de venezolanos.

Un exministro de Chávez, Jorge Giordani, ha proporcionado parte de la respuesta: estima que 300.000 millones de dólares simplemente fueron robados. Otra parte se despilfarró en proyectos faraónicos e inconclusos, opacas entidades públicas, expropiaciones costosas e improductivas, importaciones masivas que compensaban la falta de producción interna o meramente suntuarias (500.000 autos solo en 2006), crecimiento desbordado del empleo público, subsidios de toda clase, etcétera. Entre 1998 y 2013 –dato clave– el consumo creció un 60% pero la producción solo aumentó un 14%. La conclusión es clara: el verdadero drama de Venezuela no proviene de la caída del precio del petróleo sino del derrumbe histórico de la producción de pdvsa, cuyo patrón de deterioro y desmantelamiento se transfirió intacto a las empresas nacionalizadas y expropiadas. Un ejemplo entre cientos: en 2007 Venezuela exportaba el 85% del cemento que producía; hoy lo importa. Algo similar ocurre en otros ramos: acero, teléfonos, supermercados, granjas de toda índole, productoras de semillas, fertilizantes, ganadería, pesca, transporte, construcción.

En una decisión al mismo tiempo asesina y suicida, en lugar de revertir el estatismo de la Revolución bolivariana para compensar la caída de ingresos petroleros, Maduro optó por imprimir billetes (la inflación acumulada en 2017 fue de un 2.616%) y seguir atendiendo la deuda (cuyo monto con respecto a las exportaciones es también el más alto del mundo, además del más caro), estrangulando las importaciones per cápita de bienes y servicios, que entre 2013 y 2017 cayeron un 75,6% (otro desplome sin precedentes a nivel mundial desde 1960). El peso mayor de esta contracción ha recaído sobre los sectores manufacturero, de construcción, comercio y transporte, pero el ahogo al sector privado es generalizado y ha provocado la desinversión y el éxodo masivo: entre 1996 y 2016 el número de empresas privadas descendió de 12.000 a 4.000.

En la versión oficial, la crisis se debe a una “guerra económica” incitada por el imperio yanqui. Pero Estados Unidos ha sido siempre el principal comprador de petróleo venezolano y prácticamente el único que ahora paga en divisas: 477.000 millones de dólares de 1998 a la fecha. No hay culpables externos del fracaso. El único responsable ha sido el régimen chavista, que en la era de Chávez recibió una lluvia de recursos (inédita en la historia latinoamericana y solo comparable con los productores del Medio Oriente)[10](#) y los despilfarró en una fiesta interminable. Maduro no es el desdichado heredero de Chávez. Su gobierno es la conclusión natural del chavismo, la cruda después de la fiesta. En palabras de Feliciano Reyna, el régimen no es más que “un proyecto militarista, exorbitantemente corrupto, cuyo objetivo es el control político de la población venezolana a la que se está infligiendo un inmenso daño”.

Nada de esto estaba en el horizonte a fines de 2007 cuando comencé a visitar con frecuencia Venezuela. Caracas era la nueva meca de la izquierda europea, latinoamericana y estadounidense que a lo largo del siglo xx había puesto sus esperanzas utópicas en la Rusia, China, Cuba, Yugoslavia, Nicaragua y ahora ponía su fe en la Revolución bolivariana. Medios de prestigio[11](#) publicaban reportajes favorables a Chávez. Algunos mencionaban el riesgo del culto a la personalidad, pero sucumbían a él. En sus apariciones públicas –escribió Alma Guillermoprieto, de modo sucinto– Chávez “es indudablemente fascinante y por momentos entrañable”. A pesar de las limitaciones crecientes a la libertad de expresión y la reciente expropiación de Radio Caracas Televisión (la antigua estación independiente), autores reconocidos como Tariq Ali y Noam Chomsky declaraban que Venezuela era el país más democrático de América Latina –aunque Chomsky sí condenó posteriormente el régimen y el caudillismo–. Siendo ellos mismos indulgentes con Cuba, no objetaban la deriva de Venezuela hacia el modelo cubano. Celebraban, con razón, el descenso en los niveles de pobreza que el

régimen había logrado con su política redistributiva, pero no veían el daño que el gobierno causaba a pdvsa y a toda la planta productiva que Chávez estaba en vías de destruir, sentando desde entonces las bases del inmenso menoscabo que hoy padece la población, en particular la más pobre. Esta buena prensa internacional desdeñó las voces críticas (maestros y estudiantes de universidades públicas, antiguos guerrilleros, periodistas, empresarios, líderes religiosos y sindicales, académicos, militares retirados) que advertían lo que vendría. Una de esas voces era la de Ramón Espinasa, que a mediados de 2008 me advirtió: “el derrumbe viene aun si el precio no baja de manera sustancial, porque la inercia de gastar más y más es indetenible. La situación actual es esa: los precios caerán hasta cierto nivel, el gobierno no podrá parar el gasto y la producción no se recuperará: su caída es inexorable. De modo que es cuestión de tiempo: la tormenta perfecta viene”. Pero todavía quedaban cuatro años de bonanza, y Chávez los usaría para gastar más que nunca, llevando los déficits públicos a un 10%. Luego del colapso de los precios y con Maduro en la presidencia, entre 2013 y 2015 los déficits llegaron al 20%.[12](#)

Chávez era el alma de la fiesta. Basado en su inmensa popularidad, convocó un referéndum que se llevaría a cabo el 2 de diciembre de 2007, en el que proponía decenas de modificaciones constitucionales para consolidar el Estado socialista venezolano: reelegirse de forma indefinida, acotar la propiedad privada, introducir una “nueva geometría política” (un *gerrymandering*, en el término estadounidense), consolidar a su alrededor un ejército paralelo, suprimir la autonomía del Banco Central, manejar desde la presidencia (de modo directo y discrecional) las reservas internacionales, establecer un “poder popular” basado en comunas. Era sí o no a todo, pero para su sorpresa los votantes dijeron no. “Disfruten su victoria de mierda”, dijo, prometiendo sacar adelante su proyecto por la vía de decretos. Punto por punto, a lo largo de nueve años, su gobierno y el de su sucesor han cumplido esa promesa.

Se trataba de crear un país federado con Cuba. Desde su juventud Chávez había vivido intoxicado por la versión heroica de la historia (su clásico era *El papel del individuo en la historia*, de Plejánov) aplicada a Venezuela, y a sí mismo. Se sentía el heredero histórico de Bolívar. Pero su meca era Cuba y su “padre espiritual”, Castro. Tras un viaje a la isla, antes de ser electo presidente, declaró su admiración: “Fidel es como el todo.” En una conferencia de 1999 en la Universidad de La Habana, Chávez profetizó: “Venezuela va [...] hacia el mismo mar hacia dónde va el pueblo cubano, mar de felicidad, de verdadera justicia social, de paz.” Al enfermar Castro en 2006, contra la opinión de sus asesores más experimentados, Chávez aceleró su proyecto revolucionario.

Para Cuba, que desde 1959 había codiciado el acceso preferencial al petróleo venezolano, la sociedad con Chávez resultó de un beneficio económico inobjetable. En su mejor momento, en 2013, Venezuela tenía el 44% del intercambio comercial de bienes de Cuba, financiaba el 45% del déficit de dicho comercio, compraba alrededor de siete mil millones de dólares en servicios profesionales cubanos (lo cual encubría un fuerte subsidio), suministraba el 65% de las necesidades de petróleo de la isla, así como crudo para refinar en la planta de Cienfuegos construida con inversiones de Caracas; en su totalidad, la relación económica con Venezuela representaba alrededor del 15% del pib de Cuba.¹³ Aconsejado por Castro, en una especie de transferencia de la estructura educativa y de salud cubana, en 2003 Chávez instituyó las “misiones” educativas y de salud, confiándolas a cuarenta mil cubanos que atendían directamente a la población pobre. Los críticos señalaban el abandono de la estructura hospitalaria (centenares de hospitales y miles de puestos de atención ambulantes), el reparto demagógico de títulos, la competencia desleal a los productores y, desde luego, el carácter político de la operación porque, con las misiones, Chávez cobraba su munificencia con sometimiento. Ahora las misiones son un membrete, pero permanece intacto el aparato de inteligencia cubano.

Para convertirse en el líder del socialismo del siglo xxi, para heredar a Castro y ser él mismo “como un todo”, Chávez necesitaba permanecer en el poder hasta 2030, en el doscientos aniversario de la muerte de Bolívar. Pero se trataba de una apuesta más, y la perdió. Afectado de cáncer, tras largos y misteriosos tratamientos en La Habana, Chávez murió en Caracas el 5 de marzo de 2013, poco antes del derrumbe de los precios petroleros que arrastraría también el proyecto confiado al hombre elegido por él para heredarlo, Nicolás Maduro.

Patria o muerte, la novela de Alberto Barrera Tyszka,¹⁴ es el perfecto testimonio del gozne entre el chavismo y el madurismo. Transcurre mientras el comandante agoniza. Su título proviene del saludo obligatorio instituido por Chávez a las fuerzas armadas en 2007: “Patria, socialismo o muerte”. Por quince años –rasgo esencial del populismo– nadie en Venezuela hablaba más que de Chávez: su última ocurrencia, declaración o medida. Su enfermedad alimentó aún más esa omnipresencia. Desde la incertidumbre de aquellos meses, los atribulados personajes de la novela apenas tienen vida interior. Uno de ellos, el oncólogo retirado Miguel Sanabria, “creía que la política los había intoxicado y que todos, de alguna manera, estaban contaminados, condenados a la intensidad de tomar partido, de vivir en la urgencia de estar a favor o en contra de un gobierno”. En cambio, para su hermano Antonio, “la Revolución era una droga dura, una suerte de estimulante ideológico, una manera de regresar a la juventud”.

Autor de una excelente biografía de Chávez y experimentado guionista, Barrera ha escrito su novela con el suspenso y ritmo de una serie televisiva. Miguel recibe de su sobrino Vladimir (hijo de Antonio, que ha acompañado a Chávez en La Habana) una caja con un teléfono que debe resguardar sin ver los videos que contiene. Pero más que el terror de ser descubierto por los cubanos, la tortura para Miguel es el diálogo de sordos con Antonio. El contrapunto entre los hermanos representa la polarización de Venezuela, producto del odio ideológico (y casi teológico) sembrado a toda hora por Chávez y sus voceros en los medios e internet. Miguel pone frente a Antonio un cúmulo de datos objetivos: los alimentos que se pudren en los puertos, las ligas de los políticos con el narco, la resurrección del viejo militarismo. Nada lo convence. Los males son herencia del capitalismo, obra de los gringos y la oligarquía. La conciliación es imposible porque para Antonio la Revolución es impermeable a la crítica, una fe cuyas promesas siempre podrán cumplirse en un futuro prorrogable. Descreer de esa fe era ser un “escuálido”, epíteto acuñado por Chávez para descalificar a sus críticos. Miguel era un “escuálido”.

Cuba es el Big Brother del libro: “en un acto de sorprendente sumisión –dice el narrador– el gobierno había cedido a funcionarios cubanos el manejo del sistema nacional de identificación, así como la administración y el control de los registros mercantiles y de las notarías públicas. Se decía [...] que, en casi todos los ministerios, incluyendo la Fuerza Armada, se contaba también con la presencia de asesores cubanos”. Así lo comprobaría otro personaje, Fredy Lecuna, un periodista que toma riesgos inverosímiles para escribir una novela sobre la agonía de Chávez, solo para terminar escribiendo el libro que los espías cubanos (que lo han seguido de principio a fin) le ordenan y pagan.

Las mejores páginas exploran los sentimientos colectivos de gratitud hacia Chávez. Una mujer humilde le explica a Madeleine, una periodista estadounidense experta en Max Weber, que ha ido a Venezuela a estudiar *in situ* el carisma:

Chávez me cambió la vida [...] pero de acá, de la cabeza. Me cambió la forma de pensar, de mirar, de mirarme a mí misma. ¿Que qué me ha dado? Tú dices, ¿en concreto? Cómo te digo. Es que nosotros no teníamos nada, no éramos nadie; o, mejor dicho: nosotros sentíamos que no éramos nadie, que no teníamos valor, que no importábamos. Y eso fue lo que cambió Chávez. Eso fue lo que nos dio.

El comandante era uno de ellos, hablaba con ellos y por ellos. “Chávez me enseñó a ser yo y a no tener vergüenza.”

Pero el vínculo tenía también una evidente intención política: apelaba a la religiosidad natural de un pueblo proclive a la fe, la magia y la santería, para manipularlo. Chávez había llevado a extremos escatológicos su identificación con Bolívar al grado de abrir su sarcófago, descubrir sus huesos, ordenar un retrato a partir del ADN, y revelar a un Bolívar no criollo sino mulato, como Chávez. Pero, en su agonía, la identificación con el prócer histórico era insuficiente. Había que apuntar más alto.

Madeleine lograría ver a Chávez de lejos, en la última visita del líder a Sabaneta, su pueblo natal. Ahí comprobaría que el carisma es inseparable de lo que Barrera llama “los *carismados*”, que escuchan arrobados a un Chávez moribundo en quien ven al redentor reencarnado: “Dame vida, Cristo, dame tu corona, dame tu cruz, dame tus espinas, yo sangro pero dame vida, no me lleves todavía porque tengo muchas cosas por hacer.”

Finalmente, el oncólogo Sanabria se atreve a ver las imágenes del celular que resguarda. Son imágenes de Chávez llorando, pidiendo que no lo dejen morir. ¿Por qué la secrecía?, le pregunta Madeleine. “Porque los dioses no tienen cuerpo. Los dioses no gritan de dolor, no sangran por el culo, no lloran. Los dioses no suplican que los salven. Los dioses nunca agonizan.”

El encargado de que el dios no muriera nunca ha sido Nicolás Maduro. “Sacerdote del chavismo”, lo llama el periodista venezolano Roger Santodomingo, autor de una breve biografía –más bien un reportaje– publicada en 2013 a partir de un par de entrevistas realizadas años antes.¹⁵ Nacido en 1962, Maduro recordaba a detalle las escenas de “brutalidad policiaca” que presenció de niño. De joven –además de roquero y beisbolista– mantuvo vínculos con organizaciones de izquierda gracias a las cuales en 1986 pasó meses en Cuba estudiando marxismo-leninismo. Por algún tiempo fue chofer de Metrobús. Aunque en 1993 visitó a Chávez en la prisión, no pertenecía al círculo cercano y pasó casi inadvertido como diputado de la Asamblea. Su vertiginoso ascenso ocurrió a partir de 2006, cuando Chávez lo nombró ministro de Relaciones Exteriores. Rodeado de figuras mayores de las que procuraba liberarse o de militares coetáneos de los que desconfiaba, Chávez necesitaba acercarse a los jóvenes y terminó por reconocer en Maduro a su devoto incondicional. En su gestión diplomática –desplegada en los años de bonanza petrolera– consolidó las alianzas del régimen con los países sudamericanos afines, Nicaragua, Bolivia, Ecuador, Argentina. Pero fue la intimidad con Chávez durante su enfermedad lo que impulsó su carrera hasta la presidencia.

Maduro tuvo un mesías anterior a Chávez. Era Sai Baba, hasta cuyo *ashram* Prashanti Nilayam o “Morada de Paz” en la India peregrinó con su esposa Cilia Flores, lo que implicaba “una travesía aérea de veinte horas de ida y veinte de vuelta”. Su apego a Sai Baba –que fue gran amigo, admirador y beneficiario del dictador ugandés Idi Amin– explica su uso frecuente de una túnica color naranja, su saludo a la usanza india con las manos juntas frente al rostro y la supersticiosa convicción de una fuerza superior que lo protege. Sin renunciar a esa devoción, Maduro la transfirió a Chávez. Siendo ya vicepresidente y ministro de Relaciones Exteriores, se volvió su vocero, su apóstol. Y, tras su muerte, se erigió en el san Pedro de la iglesia chavista. Con tal manto de santidad, se entiende por qué las revelaciones de la BBC sobre la pedofilia y corrupción de Sai Baba no lo inquietaron, como tampoco la brutalidad policiaca multiplicada de su régimen contra los jóvenes.

“Yo soy Chávez”, dijo Maduro, poco antes de la muerte del comandante. Pero, aunque hablara como Chávez, no era Chávez. El régimen ha perdido cualquier aura religiosa. Es una dictadura que ha declarado una guerra de desgaste y empobrecimiento contra su propio pueblo, forzando su sumisión o su exilio (cerca de dos millones de venezolanos han emigrado en veinte años), en espera de ganar una nueva apuesta: el alza del precio del petróleo. En las elecciones de 2018, que adelantó para abril, el régimen prohibió la participación de los principales líderes de la oposición. Es la historia de un fraude anunciado.

A lo largo de la historia venezolana, llena de guerras civiles y tiranías, los militares han intervenido para introducir cambios radicales. Ocurrió en 1945, cuando entregaron el poder a los civiles y abrieron paso a un breve ensayo de democracia (1945-1948) que prefiguró la etapa de un bipartidismo (1959-1999), que a la distancia tuvo más aciertos que errores, pero cuyo orden se derrumbó para dar paso a la República bolivariana que hoy está en quiebra.

Ahora, incluso esa salida es improbable. “Los militares –me explica Miguel Henrique Otero, director de *El Nacional*, antiguo periódico que sobrevive con precariedad– están divididos en diversos grupos, unos manejan las empresas públicas, otros tienen vínculos con el narco, otros están en cargos públicos. En 2002 había setenta generales en Venezuela, ahora son mil doscientos, más que en la Otan. La tropa gana poco, y en ella cunde la violencia y la desertión. En el ejército no parece haber ya incentivos morales o, si los hay en los mandos medios, quienes los abrigan viven atemorizados por el espionaje cubano. Venezuela se ha vuelto un protectorado de Cuba.” Recientemente, hay que agregar, un militar de la Guardia Nacional

Bolivariana, represor de los manifestantes en las protestas del 2017, fue nombrado director de pdvsa.

Aunque el régimen parece tener todo bajo control, el costo humano y material de su propio fracaso puede sepultarlo. “Si la economía se queda como está nos morimos”, afirma Hausmann. No exagera: si la producción petrolera no se recupera, aun con un eventual ascenso de los precios, Venezuela está condenada a la hiperinflación, de la cual ninguna nación (o solo Zimbabue) ha salido viva. Y aunque el libreto cubano (control mediante la escasez) se siga aplicando al pie de la letra, en condiciones extremas de hambre y enfermedad no puede descartarse un estallido social de enormes proporciones.

CONCLUSION

¿Hay una salida posible? Venezuela podría recuperarse con un cambio de régimen económico que, permitiendo de inmediato la ayuda humanitaria mundial para alimentos y medicinas, negociase una quita sustancial al monto de la deuda, una amplia moratoria al pago de la misma, y con los recursos resultantes comenzara a abrir la compuerta de las importaciones para revivir la producción interna. Y, para ser creíble, este cambio económico tendría que acompañarse con un cambio de régimen político que garantice elecciones soberanas, libere a todos los presos políticos y reconozca a la Asamblea Nacional como la única legítima.

Maduro se negará a esta vía (su único propósito es permanecer en el poder a toda costa), pero el abismo en que ha caído Venezuela es tan grande que con certeza contaría con una solidaridad casi universal. Por desgracia, Estados Unidos, que podría propiciar ese desenlace, pasa ahora por una alucinación colectiva entre carismático y *carismados* no muy distinta a la del chavismo. A pesar de la solidaridad de los principales países latinoamericanos y europeos, Venezuela está tan sola como la mujer que languidece en uno de los dantescos hospitales de Venezuela: “Un país tan rico, teníamos todo y lo destruyeron. Y lo que falta.” ~

BIBLIGRAFIA:

1.- ¿cuándo se jodio Venezuela?
Editor: Ariel; Edición: Tra (5 de octubre de 2016)
Idioma: Español
ISBN-10: 6077473014
ISBN-13: 978-6077473015

2.- comandante, la Venezuela de Hugo Chávez

Editor: Sexto Piso (1 de diciembre de 2013)

Idioma: Español

ISBN-10: 841560128X

ISBN-13: 978-8415601289

3.- SOS Venezuela

Editor: Alfa Digital (29 de noviembre de 2017)

Idioma: Español

ISBN-10: 8417014519

ISBN-13: 978-8417014513

4.- Venezuela, política, social

Autor

Estudios De Política Exterior

Isbn-8497423240

Isbn13-9788497423243